



GUÍA DO PEREGRINO. 12

Reflexións para vivir o
Ano Xubilar da Franqueira

Palabras y silencios: Diálogos de María de Nazaret

+ Fr. Santiago Agrelo

Arzobispo de Tánger

Me lo propuso D. Javier, el párroco de Santa María de A Franqueira: que escribiese algo sobre *“la Virgen María y el diálogo con el Islam”*.

El argumento me concernía personalmente, pues vivo entre musulmanes. Pensé que concernía también a muchos de los que peregrinan al santuario de A Franqueira; puede incluso que a todo el pueblo de Dios, pues ya es normal ver a musulmanes que viven entre cristianos. Se podría decir que el diálogo con el Islam concierne a todos: ¡A todos, menos a la Virgen María!

Esta reflexión no se hará sobre la Virgen María y el Islam, sino sobre la Virgen María y nosotros, que de ella queremos aprender a ir al encuentro de los demás.

Cuanto los evangelios dicen de ella, se puede releer como si de *“diálogos”* se tratase. Hablan sus palabras, hablan también sus silencios. Palabras y silencios anudan los lazos que la unen, como mujer de fe, a Dios y a las personas con las que María se encuentra. Palabras y silencios dejan a María en el corazón de quien la escucha, y nos dejan a nosotros en el corazón de quien nos habla.

De ahí el título que se da a esta reflexión: ***“Palabras y silencios: Diálogos de María de Nazaret”***.

En la anunciación del nacimiento de Jesús:

En este misterio se dicen un ángel y una doncella.

En realidad, se trata de un diálogo entre el Dios de Israel, y una joven, desposada con un hombre llamado José. *“El nombre de la doncella era María”*.

“Entrando en su presencia, el ángel dijo: _Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo”.

El ángel se presenta a la doncella con un evangelio de alegría en el saludo, un evangelio de gracia en el nombre que le da, y la revelación de la presencia del Señor en ella misma: La habita el que da cumplimiento a las promesas.

Todo en este misterio es de Dios, todo es gracia, y nada pide Dios a cambio de lo que ofrece.

Observas, sin embargo que, pobre, Dios extiende la mano, y para su Hijo, pobre también, pide posada en el seno virginal de la doncella. No reclama lo que se le debe, sino que pide lo que no tiene.

Preguntará entonces la doncella cómo ha de dar esa casa al Hijo del Altísimo, si no puede darla siquiera a un hijo de varón. Lo pregunta porque no sabe cómo será eso, aunque con todo el corazón ya quiera recibir al hijo que se le ha anunciado.

Luego, habida explicación de la manera, la doncella dirá su *“hágase”*.

Observarás que la palabra más poderosa en este diálogo, la definitiva en este encuentro, no se ha pronunciado en el saludo angélico, no es la que se dijo en la explicación de la maternidad inusual, no es una palabra del cielo, sino la palabra pobre que dice una mujer rendida a su Señor: *“Hágase”*. En esa palabra, humilde y acogedora, fecunda y creadora, se dice quien la pronuncia. Con esa palabra, la doncella pobre de Nazaret da licencia a su Dios para que haga en su sierva lo que sólo él puede hacer.

Condición necesaria para el encuentro de Dios y María, de Creador y criatura, es el reconocimiento mutuo, el respeto recíproco, la mutua donación, tener corazón de pobre y humildad de corazón.

No te sorprenda que el relato de la Anunciación se cierre con una separación: *“Y el ángel se retiró”*. Se retira, es verdad, el mensajero, pero en la casa se queda la alegría, la palabra, la gracia, y una mujer encinta de esperanza. Se retira el mensajero, pero con él va hasta el cielo el sí de una mujer a la pobreza de Dios. Se retira el mensajero, pero ya nada romperá la comunión del cielo con la tierra, de la tierra con el cielo.

En la visita de María a Isabel:

María se pone en camino para visitar a su prima Isabel. Lo que en este misterio mueve a María, lo que la lleva a ponerse en camino de prisa hacia la montaña, y lo que motiva las palabras que Isabel le dirige, no es la gracia que una y otra han recibido de Dios, sino la que cada una de ellas conoce y admira otorgada por Dios a la otra: Los pasos de María los mueve la fecundidad de Isabel; las palabras de Isabel las sugiere la maternidad de María. La fecundidad de la estéril apresura el paso de la virgen; la fecundidad de la virgen sugiere palabras de bendición al corazón de la estéril.

En ese místico diálogo de María con Isabel participan también los hijos que llevan en sus entrañas: el hijo de la virgen, el Salvador, alcanza con su gracia al hijo de la estéril, al Precursor; y el Precursor danza de alegría por su Salvador.

Nada, sin embargo, habríamos entendido del misterio de este encuentro, si en él hubiésemos ignorado la presencia del Señor: La gracia, los hijos, la alegría, la bendición y la bienaventuranza, todo procede de Dios. Y, en oración, en forma de bendición y de alabanza, todo vuelve a Dios.

Ningún camino te llevará hasta tu hermano si no te mueve el deseo de compartir su alegría, si la humildad no camina contigo, si en el hermano y en ti no admiras la obra de Dios.

En el nacimiento de Jesús:

Son diversos los diálogos que en este misterio podemos considerar: diálogo de María con José; diálogo con aquel niño que, en Belén, le viene a la madre del seno a los brazos; diálogo con los pastores que, en la noche, le traen acerca del niño noticias del cielo.

Son diversos los diálogos, y en todos participa María con su silencio.

No puedo imaginar que la gracia de la divina maternidad apartase de José el afecto de su prometida, o mudase la voluntad expresada por ella de compartir la vida con él. Los unía la misma fe, el amor a las mismas Escrituras, la opción por un proyecto común, la decisión de ser los dos "*una sola carne*", conforme a lo que el Señor había dispuesto para todos. Y, sin embargo, en el tiempo de aquella gestación inusual para una mujer desposada, los lazos que unían a María con José, cuanto los había llevado a encontrarse, parece del todo vano para evitar su desencuentro. Hará falta mucho amor para que se respeten, para que no se juzguen, para que no se aparten sus corazones aunque hayan de apartarse sus caminos. En esa hora de la relación de María con José, el silencio es forma necesaria del diálogo; de lo que Dios le ha confiado, nada la esposa podría decir que el esposo pudiese comprender.

Bueno será que de esta experiencia íntima de la doncella de Nazaret aprendamos quienes hemos recibido de Dios el evangelio, pues en los caminos de la evangelización, por los que vamos al encuentro de una humanidad con la que queremos compartir lo que hemos recibido, no podemos olvidar que somos gestantes de misterios que sólo a Dios corresponde desvelar. A esos caminos no llevamos doctrinas, sino acontecimientos de salvación; a esa humanidad no nos presentamos con palabras de sabiduría humana, sino con gracia divina. De esos acontecimientos, de esa gracia, sólo pueden hablar tu vida y tu Dios.

Si considero ahora el diálogo de María con el hijo que le ha nacido, he de atenerme a lo que sobre eso me dice el evangelio, sin excluir lo que pueda sugerirme el corazón.

Se nos dice que María "*dio a luz a su hijo primogénito*". Dar a luz es, a la vez, separar de sí y unir a sí, expulsar y acoger, apartar y abrazar a ese hijo que nace.

Luego se añade: "*Lo envolvió en pañales y lo recostó en un pesebre*". El nacimiento ha hecho posible otro modo de encuentro: María fajó a su niño como suelen las madres, y lo recostó, que así, recostados, suelen hallarse los niños. ¡Gestos de la tierra para acoger a un niño que a María le ha nacido de Dios! Para este encuentro tan esperado, tan deseado, no hacen falta palabras, ritos, ni banquetes: a ese niño le hablan de su madre unos pañales limpios y un pesebre.

En el camino hacia el otro, puede que la primera palabra nuestra que le llegue rica de significado sea la que le diga un gesto común: fajarlo de cortesía, envolverlo en comprensión, recostarlo en confianza.

Por último, habremos de considerar el diálogo de María con los pastores. Éstos reciben del cielo un evangelio acerca de un niño que ha nacido en Belén, y que está recostado en un pesebre; y van a Belén para ver lo que ha sucedido, lo que el Señor les ha comunicado: " *fueron corriendo, y encontraron a María y a José, y al niño acostado en el pesebre*". Son los pastores los que llevan la buena noticia del nacimiento de un Salvador; son ellos los que hablan del niño; quienes los oyen, se admiran, que es el primer paso para la alabanza nacida de la fe. María, por su parte, hace tesoro de todo en su corazón. No es María la que habla de su niño a los pastores; son éstos los que desvelan a María el misterio de su niño.

Ella ha dado a luz el misterio. Sin el niño que le ha nacido a María, el mensaje del cielo a los pastores se quedaría vacío. Sin mensaje, en el niño no reconoceríamos al Salvador, al Mesías, al Señor.

Lo tuyo, Iglesia santa, como lo de María, es tener a Cristo contigo, de modo que quienes lo busquen a él, lo encuentren si te encuentran a ti. Lo tuyo es darlo a luz, y guardar en el corazón lo que de tu Señor vayan diciendo, cuando lo encuentren, quienes donde tú estás lo hayan buscado.

En el templo, cuando la presentación de Jesús:

Los padres de Jesús se presentan en el templo con lo que han recibido de Dios: con su hijo.

Ese hijo es la palabra única que su madre dice, es el don que, por ella, Dios ha hecho a los pobres. Ese hijo, esa palabra, la madre nos la dice a todos, pues para todos la ha engendrado, para todos la ha dado a luz, para todos la ha amamantado, para todos la ha querido.

Pero en Jerusalén, como ya había sucedido en Belén o en la montaña de Judá, es María quien presenta a su hijo, pero el misterio de ese hijo se desvelará por medio de otros. En el templo son unos ancianos, Simeón y Ana, quienes, iluminados por el Espíritu Santo, hablan del niño, y vislumbran heridas en el futuro que el niño y la madre han de vivir.

Intuimos que aquel niño presentado al Señor es *“la consolación de Israel”, “el Mesías del Señor”,* pues ésa es la gracia que Simeón esperaba, eso es lo que el Espíritu Santo le había prometido ver antes de que viese la muerte, y ahora, el anciano confiesa que tiene en sus brazos esa gracia: *“Ya puedes, Señor, según tu promesa, dejar a tu siervo irse en paz, porque mis ojos han visto”*. Ha visto a un niño en el que está la salvación, ha visto dónde está la luz que viene a iluminar a las naciones, ha visto en aquel niño la gloria del pueblo de Dios.

Los mismos ojos que ven resplandecer la luz de Dios en el hijo de María, ven el rechazo que a la luz opondrán las tinieblas, ven que una espada de dolor atravesará al alma de la madre.

En Jerusalén, cumplidos los días de purificación, María presenta a su hijo, su única palabra, la que encierra todas las palabras, la que nos dice cuanto Dios tiene que decir. María profetiza allí con su silencio; Simeón y Ana profetizan con palabras inspiradas por el Espíritu de Dios. Si escuchas el silencio de María, ella te presenta a su hijo Jesús. Si escuchas las palabras de Simeón y Ana, ellos te ayudan a entrar en el misterio de ese hijo que María te presenta.

En el templo, cuando el niño se quedó en Jerusalén:

Lo que en este misterio se revela no parece ajeno a la profecía de la espada que ha de atravesar el alma de María.

La familia sube a Jerusalén por la fiesta de Pascua. La fiesta termina. La comitiva de galileos vuelve a Nazaret, *“pero el niño se quedó en Jerusalén”*. Hecho el camino de un día, los padres advierten la ausencia. Y ya no dejarán de buscar a su hijo, hasta que, a los tres días, lo encuentren en el templo, entre los doctores de la ley.

Cada palabra del diálogo que sigue a ese encuentro, evoca sufrimiento. Cuanto más dulce entiendas dicha por María la palabra *“hijo”*, más angustia intuirás en los días de la búsqueda: *“Hijo, ¿por qué nos has tratado así? Tu padre y yo te buscábamos angustiados”*. Y no ilumina su noche la respuesta que recibe del hijo: *“¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que yo debo estar en las cosas de mi Padre?”*

En este diálogo, aunque a María se da un nuevo conocimiento, se la deja en mayor oscuridad; aunque vive una nueva revelación, con ese nuevo saber se adentra en un más profundo misterio.

La mujer que, en otro tiempo, no había podido encontrar palabras que diesen a José razón de una concepción virginal, no puede ahora encontrar las que a ella misma le den razón de lo que es aquel hijo suyo. Por eso, cuando las palabras pierden su función, cuando lo que vive la sobrepasa, cuando sólo puede escuchar admirada lo que no puede comprender, María guarda todo en su corazón.

En nuestro diálogo con Dios, con los demás, ¡cuántas veces hemos de confiar al corazón cosas que no podemos nombrar!

En las bodas de Caná:

En nuestro recorrido por palabras y silencios de María de Nazaret nos acompaña desde ahora el evangelista Juan.

En el relato que hace de una boda en Caná de Galilea, volvemos a encontrar palabras de *“la madre de Jesús”* –el evangelista Juan nunca la llama María–: Primero habla con su hijo, luego lo hará con los que en aquella boda sirven a la mesa.

Es muy de una madre ver la necesidad antes de que la expresen las palabras. En aquella boda *“faltó el vino”*. Imaginen la alarma de los sirvientes y el sonrojo de los novios. María se hace eco de la necesidad, y se la expone a su hijo con un escueto *“no tienen vino”*. Era éste un decir con sabor a petición. Las palabras no dicen lo que la madre pedía, pero dejan ver que llevan dentro el vuelo de un deseo.

Para nuestra confusión, la respuesta que la madre recibe de su hijo es negativa.

Y para aumentar la sorpresa, nos encontramos con que la madre insiste, a pesar de la respuesta negativa que le ha dado Jesús.

Hay quien dice que la insistencia de María *“tiene la fuerza de convencer a Jesús para que actúe”*. Creo, sin embargo, que las cosas se han de entender de otra manera: No es María la que convence a Jesús, sino que es Jesús quien convence a su madre.

No es la primera vez que María de Nazaret ha de abandonar su proyecto, su deseo, para abrazar el de su Señor, el de su hijo.

Y veis que, en las palabras de la madre a los sirvientes, ya no se habla del vino que se echaba en falta, sino de Jesús, y de lo que Jesús quiera disponer. La madre ha puesto a su hijo en el centro del relato: *“Haced lo que él os diga”*.

El corazón vuelve a Nazaret, al día en que la doncella renuncia a su proyecto para que se haga en ella lo que ha dicho su Señor. En Caná de Galilea, acallados los deseos, a la mesa de aquella fiesta de bodas se servirá *“lo que diga Jesús”*.

Paradojas de la gracia: Lo que Jesús dice y hace, es mucho más de lo que su madre puede desear y pedir, pues, en aquella boda, él *“manifestó su gloria y sus discípulos creyeron en él”*, y, de paso, hubo para la mesa un vino abundante y generoso.

En el misterio de la cruz:

En el Calvario, no es el vino lo que llega a faltar sino el hijo. Ahora, el deseo del corazón de la madre no se adivina en las palabras sino en el silencio.

La mujer que en Nazaret había dicho *“hágase”*, la que en Caná de Galilea dijo *“haced lo que él os diga”*, ahora, junto a la cruz de su hijo, *“hace”* en silencio lo que el hijo le declara.

En el Calvario sólo habla la Palabra, el Crucificado glorificado, el mensajero de una nueva anunciación: *“Jesús, al ver a su madre y junto a ella al discípulo al que amaba, dijo a su madre: Mujer, ahí tienes a tu hijo. Luego, dijo al discípulo: Ahí tienes a tu madre”*.

Ha llegado la hora de Jesús. *“La escena impregnada de tristeza que se desarrolla al pie de la cruz representa los dolores de parto a través de los cuales brota y es comunicado el Espíritu de salvación. Al convertirse en madre del discípulo amado (el cristiano), María evoca simbólicamente a Sión, que, en medio de sus dolores de parto, da el ser a un pueblo nuevo que hace brotar la alegría”*¹.

Cuando todo está a punto de quedar cumplido para Jesús, cuando el hijo se dispone a entregar el espíritu, él pone en el centro de la escena a su madre, a la mujer, a Sión, a la Iglesia, a la que, desde aquella hora, ha de dar a luz a los hijos de Dios.

Este diálogo no se hace para dar nuevos conocimientos, sino para anunciar una nueva y dolorosa maternidad.

La tarea fundamental de la Iglesia es dar a luz hijos para Dios.

Epílogo:

En los diálogos de María de Nazaret, palabras y silencios los pone el diccionario de la fe: Escucha, admiración, discernimiento y obediencia; gestación y parto.

En nuestros diálogos, al modo de María, hemos de llevar a Cristo en la vida: Llevarlo en nosotros, concebido por la fe; llevarlo con nosotros, dado a luz por el amor.

En nuestros diálogos, al modo de María, acallado nuestro deseo, se hace lo que dice Jesús.

Que Cristo sea nuestra única palabra, creída, vivida, presentada, entregada.

+ Fr. Santiago Agrelo
Arzobispo de Tángier

¹ R. E. BROWN, *El evangelio según Juan* (Madrid 1979) 1222.